

XIII. A la sombra de “Pasionaria”. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)

Mónica Moreno Seco

Universidad de Alicante

En 1978, M^a Dolors Calvet, diputada del PCE, reclamaba recuperar el patrimonio de la lucha antifranquista de miles de mujeres anónimas para enriquecer la vida política y social de la nueva democracia española, e integrar en la agenda política de los partidos los cambios en lo privado junto a las transformaciones estructurales, para incorporar a las mujeres a sus filas y transformar la sociedad (1979: 10-11). Trasladadas al ámbito historiográfico, sus demandas resumen los principales objetivos de este trabajo, que analiza las paradojas de un compromiso femenino, con sus especificidades y falta de reconocimiento, marcado por un modelo de militancia vinculado al mito de Pasionaria.

La acción política de mujeres en el PCE ha sido una constante, pero sus actuaciones e intereses no han sido incorporados totalmente a la historia del comunismo. No se trata sólo de recuperar esta experiencia, sino de poner de manifiesto las asimetrías en las formas de militancia (Di Febo, 1997: 253). En este sentido, a partir de la tesis de Kaplan (1990) de que la toma de “conciencia femenina” surge de la lucha por garantizar la supervivencia familiar y que de ella se deriva una movilización pública, y de una ampliación del concepto de resistencia que abarque todo tipo de tareas como propone Anna Bravo (2003), varias autoras han revalorizado la participación femenina en el compromiso antifranquista insistiendo en su vinculación con las funciones de atención a la familia y la importancia del parentes-

co, junto a motivaciones políticas, en un claro desplazamiento de lo privado a lo público (Romeu, 1994: 40-45; Yusta, 2004; Molinero, 2005: 178).

Contamos con aportaciones cada vez más numerosas sobre la participación femenina en la lucha contra la dictadura, a partir de los estudios pioneros de Giuliana Di Febo (1979) y Fernanda Romeu Alfaro (1994). La mayoría se centran generalmente en el primer franquismo, mientras que las últimas décadas del franquismo y la transición son menos conocidas. Entre los trabajos monográficos sobre las comunistas, se subraya la paradoja de una recurrente autocrítica a la minoritaria presencia femenina en el partido y la permanencia de dicha realidad. Entre ellos, cabe destacar el análisis de M^a José Valverde sobre el discurso del PCE, que a su juicio dejó en un segundo plano a las mujeres hasta los años setenta, por la prioridad concedida a la lucha contra la dictadura, la influencia del pensamiento marxista clásico que supeditaba la emancipación de la mujer al triunfo de la sociedad socialista y la limitada capacidad de las militantes para reclamar otro enfoque (1999:15). Más críticos son Francisco Erice (1996), que contrasta teoría y realidad de la militancia femenina en Asturias, o Claudia Cabrero (2004a), que analiza el primer franquismo; ambos introducen factores como los prejuicios y el peso del discurso tradicional de género en el funcionamiento del partido para explicar dicha paradoja.

Frente a la figura mítica de Pasionaria, mujer excepcional que se presenta como referente constante para las comunistas, la pluralidad de vivencias, expectativas y valoraciones de la acción política de las mujeres en el PCE sugieren diversas cuestiones. Se debe plantear la existencia de varios niveles de actuación, desde aquellas que participaron en la dirección a las militantes de base. Se dio también una heterogeneidad en las distintas trayectorias vitales y motivaciones que les condujeron al comunismo, por la influencia de la familia o unas inquietudes en un

momento en que sólo el PCE ofrecía un espacio de actuación contra la dictadura. La convivencia entre distintas generaciones de militantes no siempre fue sencilla. Hacían interpretaciones diversas de la doctrina comunista, entendida unas veces como una fe incuestionable, otras como una propuesta de transformación abierta a nuevas formulaciones. Relacionado con ello, desarrollaron diversas posiciones ante las relaciones entre el comunismo y el movimiento feminista.

El análisis de las relaciones de género, y por tanto de poder, en el seno del partido es un nuevo elemento de reflexión. Además de las actividades consideradas propias de mujeres, como las de apoyo, cabe preguntarse qué protagonismo real tenían en otras. La conciliación de la vida militante, la profesional y la familiar trajo consigo en ocasiones problemas en el partido o en la vida privada. Otra cuestión que suscita el estudio de la acción política de las mujeres en el universo comunista puede ser la aparición de la conciencia feminista entre ellas, su evolución y la acogida que encontró entre los compañeros de militancia.

1. Antecedentes: el primer franquismo

La contribución de las mujeres a la resistencia antifranquista en las primeras décadas de la dictadura se fundamenta en su papel tradicional de esposa, madre o hija de militante. Su compromiso partía de una práctica discriminatoria, que no recomendaba un trabajo específico dirigido a las mujeres o reivindicaciones propias. La prioridad concedida a la lucha contra la dictadura era asumida por la mayoría de las militantes, pues “su conciencia de género estaba claramente supeditada a su conciencia de clase” (Cabrero, 2004a:19-21).

La figura de Dolores Ibárruri adquiere en estos momentos difíciles tonos míticos. Su trayectoria política y su discurso han recibido dos interpretaciones: algunas autoras insisten en

la atención que presta a cuestiones femeninas en sus intervenciones públicas, incluso defendiendo una mayor presencia y protagonismo de las mujeres en el partido, y definen su feminismo como socialista (Capellín, 1996: 108-128; García Nieto, 1996). Sin embargo, otras resaltan su aceptación del discurso tradicional que relega a las mujeres a la retaguardia –en la guerra y la resistencia– y niega que la emancipación femenina necesite un tratamiento específico (Cabrero, 2004a: 5-6; Ripa, 1997). Éstos son los referentes que ofrece Pasionaria a las comunistas. Además, su mito dio fuerzas a muchos militantes para continuar la lucha en condiciones extremas (Avilés, 2005: 188), convirtiéndose en símbolo de la lucha por la justicia y la resistencia (Cruz, 1999: 131-139 y 171-177), pero también de una “mujer única, la excepción” que se eleva a categoría de “santa, de virgen, de diosa, de mártir”, rebelde y a la vez masculinizada (Falcón, 1992: 193–204).

Diversos estudios han abordado la labor trascendental de muchas mujeres en la reorganización y el mantenimiento del partido en la clandestinidad, en los primeros cuarenta, un momento de ausencia de dirigentes masculinos, como Matilde Landa (Ginard, 2005), Soledad Real (Hernández Holgado, 2001), Enriqueta Otero (Rodríguez Gallardo, 2003), Carmen Caamaño y Marina Olcina¹. Pronto, sin embargo, son relegadas a tareas auxiliares –confección y distribución de propaganda, recaudación de dinero, enlace–, con poca visibilidad y escaso reconocimiento (Cordero Olivero y Lemus López, 1999). Uno de sus ámbitos de actuación más importantes fueron las redes de

1 Marina Olcina González, después de estar escondida un año y de unos meses de cárcel, de nuevo colabora con el partido y es detenida dos veces más (entrevista de Juan Martínez Leal, 1988). Carmen Caamaño Díaz participó en la reorganización del partido en Alicante tras varios años de cárcel y volvió a ser encarcelada (entrevista Juan Martínez Leal y Miguel Ors Montenegro, 23 de septiembre de 1993).

apoyo a las guerrillas; en las controladas por el PCE como las de Levante y Aragón, hubo una clara división sexual del trabajo y una exclusión de las mujeres en el monte (Yusta, 1998; Vidal Castaño, 2003).

Otra labor fundamental desarrollada por las mujeres fue la atención a sus familiares presos políticos, actividad por la cual lo privado adquiere carácter político: las “mujeres de preso” eran las encargadas de mantener en el exterior de la prisión la lucha (Abad Buil, 2003). Aunque en muchos casos su toma de conciencia política surge cuando la dictadura les encierra en su papel de garantes de la supervivencia diaria pero a la vez les impide ejercer ese papel (Cabrero, 2004b), entre las comunistas su atención a los presos, además de una decisión personal, forma parte de una estrategia de lucha organizada desde el partido. Estas militantes además son referente del compromiso de sus compañeros, por lo que no sólo su actividad sino también su fidelidad personal adquiriría un tono político (Di Febo, 1979: 90–92).

La represión, que con frecuencia revistió formas específicas de acuerdo con su condición de mujeres, les afectó por su propia militancia política durante la guerra, por su implicación en las tareas de apoyo al partido, o simplemente por ser familiares de perseguidos políticos. Conocemos la realidad de las cárceles de mujeres gracias a testimonios valiosos (Doña, 1978; Cuevas, 1985) o a estudios completos (Vinyes, 2002; Mangini, 1997: 111-164). Revelan que hubo diferentes experiencias entre las prisiones de hombres y de mujeres, por la escasa atención del partido y la familia a las presas². La cárcel se convierte en un espacio femenino y en ámbito de mantenimiento de la lucha, en especial en algunas como Ventas, donde las comunistas ha-

2 Como indica Giuliana Di Febo (1997, pp. 248–249), las dinámicas asimétricas de las relaciones entre hombres y mujeres en la lucha clandestina supusieron la inexistencia de la figura del “marido de presa”.

cían “vida de partido” y organizaban “familias” (Vinyes, 2002: 144-152; Di Febo, 1979: 54). Al recuperar la libertad, junto a la presión policial y las dificultades para integrarse, su sentimiento de frustración llegó también porque las organizaciones clandestinas no les ofrecían más que tareas de apoyo, aunque antes de su encarcelamiento habían tenido puestos de responsabilidad y en los años de cárcel habían mantenido un espíritu de lucha (Vinyes, 2004).

Según Mercedes Yusta, muchas de las mujeres que participaron en la resistencia en el primer franquismo, a pesar de la dureza de sus experiencias y de ser con frecuencia relegadas a labores auxiliares, interpretan su labor no sólo en términos políticos sino también como una experiencia individual liberadora, lo que las convierte en nexo de unión entre las militantes del primer tercio de siglo y aquellas que reivindicaron sus derechos al final del franquismo (Yusta, 2004a: 91-92).

2. Los años sesenta y setenta: diversificación de actividades y nuevas generaciones

A partir de su IV Congreso, celebrado en 1960, el PCE adopta la política de reconciliación nacional y de alianza con otras fuerzas de oposición, y se abre a las clases medias, los estudiantes y otros colectivos, pasando a definirse como un partido de masas (Sánchez Rodríguez, 2004). A partir de entonces impulsa movimientos sociales –vecinal, estudiantil, obrero, feminista y de amas de casa– para movilizar a la población contra el franquismo. La nueva estrategia y el crecimiento de la presencia femenina en los ámbitos universitario y laboral, hizo posible una mayor incorporación de las mujeres al PCE. Estas comunistas se encuentran con “viejos y nuevos frentes de militancia”: continúa la defensa de los presos, el apoyo a las movilizaciones obreras de los maridos y las tareas de distribución de propaganda; pero también se introduce la participación en los movimientos socia-

les asociados al PCE. Además, llega al partido una generación de mujeres más joven, que aporta “una cultura política distinta a la de las militantes veteranas e incluso entra en conflicto con ella”, con una actividad estudiantil o profesional y una actitud más autónoma (Erice Sebares, 1996: 334).

En este contexto de cambio en la militancia, la figura y el discurso de Pasionaria sigue siendo el tradicional, con llamamientos “a las madres y mujeres de España” para que “no ceséis de participar en la lucha y en la gran protesta contra los crímenes fascistas (...) hasta barrer para siempre de nuestra entrañable Euskadi y de España a esos monstruos franquistas”, recordando entre otros episodios la muerte de su hijo en Stalingrado³. Desde 1960, en que pasa de secretaria general a presidenta del partido, su importancia política disminuye, aunque sigue siendo un modelo de militancia y encarnaba el sacrificio y la inteligencia política de los militantes comunistas (Cruz, 1999: 202 y 210). Periódicamente se celebraban homenajes en su honor, se destacaba su presencia en mítines y reuniones, lo que contribuyó a mantener su percepción como símbolo de lucha y como presidenta del partido, pero también como una “yaya cariñosa” (Sender Begué, 2004: 131), al menos entre las más jóvenes.

En la lucha clandestina, otras mujeres que siguen su estela se convierten también en modelos de resistencia, como la asturiana Tina Pérez, miembro del Comité Central, que es detenida y torturada entre 1963 y 1965, año en que muere en la cárcel. Según Valverde, supone no obstante una excepción en el reconocimiento del partido a la labor militante femenina: “Eres un ejemplo y un símbolo, por tu abnegación y desinterés en la lucha por la felicidad del pueblo. (...) Eres, en definitiva,

3 *Mundo Obrero*, nº 31, 2ª semana de octubre de 1975.

querida camarada, una verdadera mujer comunista, orgullo de todos nosotros”⁴.

Además de las tareas clandestinas del partido, arriesgadas pero poco reconocidas, las comunistas desempeñan una destacada labor en las asociaciones de mujeres de presos y en los nuevos movimientos sociales, que se convierten en espacios femeninos (Hernández Holgado, 2001: 51). En esta época la politización de las mujeres de presos es mucho mayor, con amplias campañas de amnistía dentro y fuera del país, que suponían entrevistas con autoridades, medios de comunicación y jerarquías eclesiásticas, recogida de firmas, manifestaciones ante las embajadas extranjeras o viajes al extranjero. Uno de los más conocidos tuvo lugar en 1963, en que viajaron a Roma y otras ciudades italianas cinco familiares de presos políticos, donde dieron conferencias divulgando sus historias familiares y denunciando la represión⁵. También destacan las actividades en el extranjero de Josefina Camacho y Ángela Grimau –quienes adoptan el apellido de sus maridos–⁶.

Para Giuliana di Febo, este tipo de campañas “significó para muchas mujeres la ocasión de salir del campo asistencial y entrar de una forma políticamente activa en las organizaciones de la oposición” (1979: 154-155). Las mujeres politizadas con frecuencia lideraban estas campañas e iban adquiriendo mayor

4 Mensaje del Comité Ejecutivo del P.C. de España a la camarada Constantina Pérez, septiembre de 1963 (en Valverde, 1999, p. 107). Vid. García Piñeiro (1999).

5 Entre ellas, Blanca Bayón, hija de Tina Pérez, y Berta Sáiz, esposa de Luis Villanueva. Esta mujer comienza a escribir a Luis Villanueva a la cárcel en 1955, por solidaridad con los represaliados y por la represión que afectó a su familia; pronto se hicieron novios y después se casaron. Al poco de empezar a escribirle ingresó en el PCE (entrevista a Blanca Bayón Pérez, 2 de junio de 2006 y testimonio escrito de Berta Sáiz Cárceres, 2000).

6 *Mundo Obrero*, nº 5, 1 de marzo 1973 y nº 4, 27 de febrero de 1974.

seguridad: “De repente me sentía dueña de mis actos, llevando a la práctica lo que ideaba, sin el temor de pensar si estaba en la línea o no, si era una tontería o no, sin cohibirme ante militantes más capaces y formados que yo” (Sender Bagué, 2004: 123). Blanca Bayón se movilizó de joven por el encarcelamiento de sus padres y también de su marido, entre 1974 y 1976, momentos en que desempeñó una gran actividad y en que reconoce que, aun siendo tímida, fue capaz de enfrentarse a autoridades civiles y eclesiásticas y tomar la palabra ante periodistas⁷. Según Abad Buil (2003), esta movilización alterará el ámbito de actuación de género, pues los hombres quedan recluidos al espacio privado y las mujeres tienen una proyección pública. No siempre, de todas formas, este cambio de espacios significó una transformación de las relaciones de poder; Carmen Ciria, esposa de Francisco Saborido, comenta que está a favor del divorcio, y su marido también, “aunque cuando me escribe dice: ‘Esto no se ha hecho ni para ti ni para mí’”⁸.

El ingreso en el sindicato CCOO, vinculado al PCE, se incrementó a partir de los años sesenta, por la creciente incorporación de las mujeres al mundo laboral y por un mayor interés en el sindicato por recoger algunas reivindicaciones femeninas (Di Febo, 1979: 164-185). Pero al igual que sucede en el partido, su presencia en puestos directivos era muy baja y la percepción de que su militancia era considerada secundaria condujo al abandono de la militancia de muchas mujeres desde mediados de los setenta (Díaz Sánchez, 2000). Sergio Rodríguez ha estudiado la presencia femenina en el movimiento estudiantil antifranquista, que supuso para muchas universitarias no sólo una participación en la lucha contra la dictadura, sino también contra la cultura y la moral tradicionales. En los primeros gru-

7 Entrevista a Blanca Bayón Pérez, 2 de junio de 2006.

8 *Mundo Obrero*, nº 9, 2ª semana de abril de 1975.

pos informales la entrada de mujeres fue más fácil y muchas veces de ahí pasaban a militar en partidos como el PCE, donde asumían actividades arriesgadas pero poco reconocidas, como el reparto de propaganda (Rodríguez Tejada, 2004: 135-143)⁹.

Otro campo de acción de las comunistas fueron las asociaciones de amas de casa y el movimiento vecinal, como parte de la estrategia del PCE de ir extendiendo el descontento hacia la dictadura, en torno a las protestas por las carencias en barrios, la carestía de la vida, etc. Kaplan ha puesto de relieve cómo las primeras fueron creadas por las autoridades franquistas pero evolucionaron hacia la oposición a la dictadura (1999: 19). La politización de estas organizaciones de amas de casa se vio acompañada de una creciente influencia de las comunistas. También en las asociaciones de vecinos, con participación femenina mayoritaria, la presencia de militantes del PCE fue destacada; cumplieron una labor de concienciación de mujeres y contribuyeron al reconocimiento por parte del partido de la importancia de cuestiones propias de la vida cotidiana (Kaplan, 1999: 101).

La participación en estos ámbitos de militancia, muchas veces feminizados, hace que las militantes desarrollen una práctica política –y también feminista– que rompe con el papel tradicional asignado a la mujer (Moreno, 1977: 15). Esta actividad a veces conduce a una toma de conciencia feminista por parte de muchas militantes; en otras ocasiones la aproximación al feminismo llega ante el escaso reconocimiento encontrado en el partido. Rosalía Sender, que llegó a ocupar cargos de responsabilidad en el PCE valenciano, comenta que hubo una época

9 Sin embargo, en ocasiones no se apreciaba esa discriminación, como comenta Concha Collado, estudiante en Madrid y responsable de propaganda de la célula de la Facultad de Derecho a finales de los sesenta (Entrevista de Francisco Moreno Sáez y Manuel Parra, 16 de marzo de 2006).

en que se consideraba una simple "herramienta" del partido y por ello se interesó por las tesis feministas (2004: 143-145).

Las comunistas se integraron en el feminismo a través del MDM (Movimiento Democrático de Mujeres), entre cuyas dirigentes destacaron Dulcinea Bellido, Mercedes Comabella (Romeu, 1994: 216-217 y 248-249), M^a Dolors Calvet, o Rosalía Sender (2006). Creado en 1965, en 1968 hizo público su programa y celebró su Primera Reunión General dos años después. Centrado en la defensa de derechos sociales de las mujeres, en la lucha antifranquista y en reivindicaciones tradicionales –carestía de la vida, necesidades de los barrios– evolucionará progresivamente hacia posiciones estrictamente feministas (Abad Buil, 2005; Arriero Ranz, 2005). Las relaciones entre el MDM y el PCE han sido interpretadas de forma contrapuesta: mientras algunas feministas acusan al partido de manipulación (Falcón, 1992: 206), otras insisten en su independencia del PCE y en su pluralidad: "el MDM no fue una creación del Partido como tal, fuimos las comunistas feministas las que lo impulsamos primero, pero no como consigna del Partido, al contrario, muchas veces en contra de la opinión de los dirigentes" (Sender Bagué, 2006: 111 y 160). De forma paralela, estas mujeres intentaban que el partido integrara las propuestas del feminismo.

De hecho, el interés del PCE ante los problemas de la mujer es creciente en esta etapa, en especial desde principios de los setenta, abandonando las anteriores recomendaciones de que las mujeres participaran en exclusiva en la lucha general (Falcón, 1992: 209-210). Esta circunstancia obedece al deseo de integrar a más mujeres en el partido, a la presión de algunas militantes y a la creciente importancia del feminismo. Amparo Moreno, aunque indica que el PCE fue uno de los pocos partidos que prestó atención al tema desde fechas tempranas, señala sus dificultades en aceptar el feminismo como lucha específica de las mujeres y con organizaciones autónomas (1977: 44-45).

En septiembre de 1970 el Comité Central hace público un manifiesto en que se reconoce el intenso trabajo del MDM y se reclama movilizar a las obreras y a las amas de casa para “utilizar a plenitud este caudal revolucionario de uno de los sectores más discriminados de nuestra sociedad”¹⁰. Un hito importante en esta evolución fue el VIII Congreso, que tuvo lugar en 1972, donde se enunció la necesidad de dar un giro de 180 grados sobre el problema de la mujer (Sender Bagué, 2006: 112). Así, un comunicado del Comité Ejecutivo de marzo de 1974 insiste “en la necesidad de dar a las mujeres un lugar y una responsabilidad cada vez mayor en nuestras organizaciones, así como una atención creciente a sus problemas específicos”¹¹.

Otro momento destacado en este proceso fue la II Conferencia Nacional del Partido, de 1975, en que se observa una mayor autocrítica, reconociéndose las carencias del marxismo en este aspecto y la inexistencia de una relación automática entre socialismo y liberación de la mujer (Erice, 1996: 341). En esta Conferencia el PCE se definió como el partido de la liberación de la mujer: “Coincidimos con su objetivo [del movimiento de mujeres]: lograr la igualdad de la mujer y del hombre. En este sentido somos, debemos ser, un Partido feminista. Somos el Partido de la Liberación de la Mujer.” Sin embargo, advierte que el error del feminismo radical es considerar exclusivo el problema femenino, “como si pudiese resolverse al margen de las transformaciones políticas y sociales...”. También se aprobó un Manifiesto en que se preconiza la necesidad de emprender una “revolución en las mentalidades” en el interior del partido, ante la constatación de que “en nuestras propias filas la discriminación de la mujer es una realidad; y de que aún muchos comunistas

10 *Nuestra Bandera*, nº 65, 3er trimestre de 1970.

11 *Nuestra Bandera*, nº 74, marzo-abril de 1974.

tienen ideas reaccionarias sobre el problema femenino”¹².

Este tipo de declaraciones públicas permite un debate interno y una mayor atención a las opiniones de las militantes. Sara Iribarren, que ya había criticado no sólo la falta de una práctica que integrara a las mujeres en el partido, sino también el propio antifeminismo de muchas militantes, deseosas de obtener reconocimiento por parte de sus compañeros (1973: 115 y 121), afirma en 1975 que en los últimos años se ha dado una evolución positiva en este sentido y se apoya la lucha específica de las mujeres en la lucha de clases. Frente a una realidad interna del partido que revela “escasa promoción a puestos de responsabilidad, subestimación de las camaradas, recelo ante su activismo, falta de costumbre de escucharlas (muchos camaradas aceptan mal una voz femenina), actitud autoritaria o en mejor de los casos ‘condescendiente’, supeditación de la militancia de la mujer a la del compañero, olvido de su formación, etc.”, el partido debe convertirse para las militantes “en un espacio liberador, igualitario”¹³. Un análisis similar hacen, desde la actualidad, militantes como Cita Reig, que considera que el partido no era feminista pues tenía otras prioridades, o Silvia Díaz, que cree que existía un esfuerzo sincero para incorporar a más mujeres en el partido, pero no se conseguía porque no se hacía un análisis realista de la situación¹⁴.

Los nuevos frentes de actuación, en especial el feminismo, y la convivencia de diferentes generaciones y formas de entender la militancia dieron lugar a algunas tensiones (Romeu,

12 *Mundo Obrero*, nº 29, 4ª semana de septiembre de 1975; nº 30, 1ª semana de octubre de 1975 y nº 32, 3ª semana de octubre de 1975.

13 *Mundo Obrero*, nº 36, 10 de noviembre 1975.

14 Ambas fueron dirigentes del MDM y miembros del Comité Provincial del PCE de Alicante (entrevistas a Cita Reig Cruañes, 15 de junio 2006 y a Silvia Díaz Alcaraz, 13 y 15 de junio de 2006).

1994: 104-105 y 179-185). Por un lado, las militantes de clase popular, escasa preparación académica y sin trabajo cualificado se identificaban con el partido y priorizaban la lucha antifranquista frente a la feminista. Por otro, aquellas de clase media, con mejor formación y profesiones liberales, se incorporaron al MDM y al feminismo, y eran más críticas con el partido. Las primeras tenían la percepción de que se olvidaban los problemas cotidianos de la mayoría de las mujeres –escaso poder adquisitivo, educación de los hijos, mala situación de los barrios– y que las “feministas” se centraban en asuntos privados –sexualidad, etc.–, considerados menos urgentes, desde posiciones victimistas o incluso frívolas. Las segundas entendían que aquéllas ofrecían una fidelidad incondicional al partido, mientras ellas expresaban dudas legítimas¹⁵. Estas diferencias se plasman en las palabras de Teresa Bornez: “a partir del 65 me voy retirando [del movimiento feminista] porque ya la lucha me parece que buscaba reivindicaciones burguesas y se alejaban muchísimo de todo lo que había que hacer en los barrios. Y a partir de ahí es cuando ya empiezan a meterse los grupos feministas que vienen de la Universidad”, y de Dulcinea Bellido: “también nos criticaron mucho las mujeres de presos. Había un gran rechazo de estas mujeres a la palabra ‘feminista’, más que a trabajar en sí. Sólo unas pocas lo teníamos claro” (Romeu, 1994: 185 y 248).

Todas compartían las dificultades para atender el compromiso político, las obligaciones profesionales y las tareas familiares, en una triple jornada que muchas solventaban con menos horas de sueño. Como afirma Sender, “por muy buena[s] camarada[s] que sea[n], una mujer tiene que frenar su militancia, ya no puede realizar tantas tareas como antes [de casarse],

15 Entrevistas a Camino Remiro Ayensa, 9 de junio 2006 y a Silvia Díaz Alcaraz, 13 y 15 de junio de 2006.

asistir a tantas reuniones ni llegar a las doce de la noche a casa, porque tiene que recoger a los niños en la escuela, darles de comer y un montón de cosas más. Ya no puede leer a fondo la prensa, documentarse, contrastar criterios en reuniones, asistir a cursillos, por lo que se estanca y, al no disponer de más tiempo, la mayoría de los responsables y secretarios de organizaciones políticas son hombres” (2004:78). Algunas, sobre todo las más jóvenes, contaron con la colaboración del compañero o la familia, porque “entonces existía el espíritu de que era importante lo que se hacía”, aunque la maternidad siempre fue un elemento que dificultó la militancia¹⁶.

3. La transición: entre el comunismo y el feminismo

De 1975 a 1982, el PCE experimenta una clara evolución ideológica, con la renuncia al leninismo y la incorporación del eurocomunismo, que reivindicaba la vía democrática al socialismo y una amplia alianza con otras fuerzas democráticas. Hasta las elecciones de 1977 detentó una gran influencia social y política, por todo el trabajo desarrollado en la clandestinidad. Sin embargo, recibió un escaso respaldo electoral no acorde con dicho esfuerzo en la lucha antifranquista. Esta decepción y las tensiones entre distintas generaciones y diferentes proyectos políticos dieron lugar a varias crisis, de las que salió muy debilitado y que culminaron en 1982 cuando sufrió una fuerte derrota electoral y Santiago Carrillo dimitió, teniendo lugar poco después varias escisiones. Todo ello produjo el abandono de muchos militantes (González Hernández, 1989; Sánchez Rodríguez, 2004; Morán, 1986).

16 Entrevista a Silvia Díaz Alcaraz, 13 y 15 de junio de 2006. En 1979 abandonó el PCE, decisión en que influyó, junto con otros motivos, el embarazo de su segundo hijo, de cuya crianza quería disfrutar después del sacrificio que supuso dedicarse a la militancia con su primera hija.

En este contexto, también de auge del feminismo, parte de la teoría feminista es integrada en el discurso oficial del partido. Se considera que las luchas por el socialismo y por la liberación de la mujer son paralelas y que no basta con la llegada de la democracia o el socialismo para solucionar los problemas de las mujeres; se defiende una reforma legislativa, pero se introduce también la necesidad de un cambio en las mentalidades, y se incorporan a las reivindicaciones clásicas aspectos como el divorcio o el aborto. En consecuencia, en mayo de 1976 se crea la Comisión del Comité Central para la Cuestión Femenina, con Dulcinea Bellido, Rosalía Sender, Mercedes Comabella, Manuel Azcárate y Jaime Ballesteros, entre otros, que desarrolló una importante tarea¹⁷. También en su práctica parlamentaria los comunistas se interesaron por ampliar los derechos de las mujeres. Aunque continuó la escasa presencia de mujeres en el partido, a partir de la legalización del PCE en abril de 1977 las militantes, en términos generales, se vuelcan en la vida del partido, dejando en un segundo plano su presencia en los movimientos sociales.

La Primera Conferencia para la Liberación de la Mujer, organizada por la Comisión para la Cuestión Femenina, tuvo lugar en octubre de 1976. En ella destacaron algunas intervenciones, como la de Dulcinea Bellido, quien considera que la liberación de la mujer es inseparable de la lucha por la libertad, la democracia y el socialismo, pero a la vez es esfuerzo inexcusable de las mujeres. Por su parte, Mercedes Comabella y Rosalía Sender defienden la doble militancia de las comunistas, en un partido y en el movimiento feminista¹⁸. Dicha Comisión hizo público en octubre de 1976 un documento en que se demanda el fin de la discriminación en la legislación y la amnistía para

17 *Mundo Obrero*, nº 42, 24 de noviembre de 1976.

18 *Viento del Pueblo*, 2ª quincena de julio de 1976 y *Mundo Obrero*, nº 42, 24 de noviembre de 1976. Sender Begué, 2006, pp. 122-125.

mujeres condenadas por motivos políticos o “femeninos” —adulterio, aborto—, pero también un debate que supere tabúes sobre sexualidad, contracepción y aborto¹⁹.

En los foros de discusión del partido se abordó de forma creciente la liberación de la mujer. A principios de 1977, Manuel Azcárate reclama hacer un esfuerzo de análisis para desplegar una lucha feminista amplia y desarrollar “una intensa revolución cultural que transforme la relación hombre–mujer; que supere los prejuicios y las ideologías que hacen del hombre instrumento de la esclavización, de la discriminación de la mujer”²⁰. En este debate participó también Natalia Calamai, quien consideraba que los cambios democráticos han supuesto en España el comienzo de la plena equiparación legal entre hombre y mujer, pero estos derechos se han revelado insuficientes para solucionar la cuestión femenina. Propone un replanteamiento de la familia, una moral nueva alejada de la burguesa y separar sexualidad de procreación²¹. Por su parte, Dulcinea Bellido reclamó en varias ocasiones que el feminismo se considerara un aliado del partido, sin perder sus características ni su razón de ser propias. Considera que es necesario avanzar hacia una política feminista propia del PCE en tres planos de actividad: impregnar a todo el partido de feminismo para que vaya transformando la mentalidad de los propios comunistas, promover la incorporación de las trabajadoras a la actividad feminista y apoyar a los movimientos de mujeres²².

El IX Congreso del PCE, celebrado en abril de 1978, supuso la incorporación plena de este debate a las tesis oficiales

19 *Mundo Obrero*, nº 43, 1 de diciembre de 1976.

20 *Nuestra Bandera*, nº 86, marzo–abril de 1977.

21 *Nuestra Bandera*, nº 88–89, julio–agosto de 1977.

22 *Nuestra Bandera*, nº 90, octubre–noviembre de 1977 y *Mundo Obrero*, nº 7, 16 a 22 de febrero de 1978.

del partido. Se llega a la conclusión de que si es cierto que para alcanzar el fin de la discriminación de la mujer hay que acabar con el capitalismo, también lo es que el socialismo no será tal si no desaparece la discriminación de sexo. Además, se subraya la importancia del movimiento feminista, por lo que resulta fundamental que el partido “comprenda y fomente estos movimientos de mujeres, respetando totalmente la independencia ideológica y política de éstos, y que colabore con ellos”. Por último, se añaden reivindicaciones nuevas a las clásicas –coeducación, anticonceptivos, aborto y divorcio– e incluso se afirma que “es inalienable el derecho de la persona a la elección sexual no mediatizada por exigencias represivas de la legislación actual, y a una afectividad libremente elegida”²³.

En diciembre de 1978 tuvo lugar la II Conferencia del PCE sobre la Cuestión Femenina. En su resolución final se afirma que se debe realizar un esfuerzo para establecer una relación directa con las feministas, “conocer mejor su problemática, elaborar alternativas concretas para ellas y defenderlas con energía en la calle y el Parlamento”²⁴. Hasta 1982, aunque el interés por este tema disminuye, continúa la evolución ideológica del PCE, con una clara defensa del divorcio y el aborto, y con la incorporación de propuestas nuevas del feminismo. En este sentido, Cristina Almeida, concejal de Madrid en 1980, afirma: “No queremos ser iguales a los hombres, queremos ser nosotras y que la sociedad recoja los aportes del feminismo”²⁵.

De forma paralela a estos planteamientos internos, los asuntos vinculados a las mujeres entran a formar parte de la vida

23 *Nuestra Bandera*, nº 93, mayo–junio de 1978.

24 *Nuestra Bandera*, nº 97, enero de 1979 y *Mundo Obrero*, nº 82, 23 de febrero de 1979.

25 *Mundo Obrero*, nº 76, 22 a 28 de mayo de 1980. Vid. también nº 199, 22 al 28 de octubre de 1982.

política normalizada del partido, a partir de su legalización. En las primeras elecciones democráticas, de junio de 1977, el PCE se presenta como paladín de la defensa de los intereses de las mujeres (Valverde, 1999: 113). En su programa electoral, de 18 puntos, el 15º se dedica a la igualdad de la mujer, reclamando una plena participación de la mujer en la vida social, cultural y política, una educación no discriminatoria, la igualdad jurídica y el fin de la discriminación laboral²⁶. En la campaña electoral, tuvo lugar un mitin en Madrid bajo el slogan "Partido Comunista, Mujer Protagonista", en el que intervinieron Cristina Almeida, Dulcinea Bellido, Begoña San José y Mercedes Comabella (Valverde, 1999: 113). En otros mítines, cuando tomaban la palabra candidatas, era frecuente que aludieran a la liberación de la mujer y destacaran el interés del PCE en ello: en uno celebrado en Valencia, Ana Rodríguez afirma: "Me he sentido orgullosa de ser mujer, desde que estoy en el PC"²⁷. Sin embargo, de las 48 candidatas comunistas, sólo cuatro ocupaban el primer puesto en las listas²⁸. Fueron elegidas únicamente tres, de un total de 20 diputados: Dolores Ibárruri, Pilar Brabo y M^a Dolors Calvet²⁹; de ellas la última mostró un especial interés en asuntos relacionados con las mujeres.

Entre las primeras actuaciones del grupo parlamentario comunista, destacan las demandas de amnistía a los delitos de adulterio, aborto y difusión de anticonceptivos³⁰. Además,

26 *Mundo Obrero*, nº 16, 20 de abril de 1977.

27 *Mundo Obrero*, nº 19, 13 de mayo de 1977 y nº 20, 20 de mayo de 1977. Sender Begué, 2004, pp. 175-180.

28 Eran Dolores Ibárruri (Asturias), Lucía García (Salamanca, miembro del Comité Central), Pilar Brabo (Alicante, integrante del Comité Central y del Comité Ejecutivo) y Francisca Bosch (Islas Baleares, secretaria del PCE de la zona) (*Mundo Obrero*, nº 23, 8 de junio de 1977).

29 *Mundo Obrero*, nº 24, 16 de junio de 1977.

30 *Mundo Obrero*, nº 31, 3 de agosto de 1977 y nº 3, 9 a 15 de febrero 1978.

el grupo presentó enmiendas a la Constitución en defensa del divorcio, la despenalización del aborto, los métodos de planificación familiar y la coeducación³¹. En la campaña del referéndum sobre la Constitución, en que el PCE defendió el voto afirmativo, intervinieron líderes conocidas. Pilar Brabo subrayó el contenido democrático del proyecto constitucional, mencionando la igualdad en el matrimonio, la no discriminación a madres solteras e hijos fuera del matrimonio y la posibilidad de legalizar el divorcio³². Algo más crítica era M^a Dolors Calvet, que apoyó el proyecto, pero creía que las mujeres “siguen siendo las grandes ignoradas de la Constitución; (...) que continúa teniendo un lenguaje machista y que en cuestiones como la monarquía establece una clara discriminación para la mujer”; tampoco recogía el derecho al aborto³³.

De nuevo se concede gran atención a los asuntos vinculados a las mujeres en las elecciones de marzo de 1979. El programa electoral contempla un apartado sobre la liberación de la mujer, en que promete que el PCE luchará contra todas las discriminaciones y por la igualdad efectiva entre el hombre y la mujer³⁴. Se presenta como el partido “más feminista” y que asume las principales reivindicaciones del movimiento de mujeres, “que ha defendido y defenderá en el parlamento³⁵. No obstante, como en 1977, es clara la ausencia de mujeres en las candidaturas y en puestos de salida, con excepción de Pilar Brabo –nº 1 por Alicante–: en Madrid, por ejemplo, la primera mujer ocupa el nº 8 –Cristina Almeida– y en Sevilla el nº 4 –Amparo

31 *Mundo Obrero*, nº 5, 2 a 8 de febrero de 1978.

32 *Mundo Obrero*, nº 44, 19 a 25 de octubre de 1978.

33 *Mundo Obrero*, nº 14, 6 de diciembre de 1978.

34 *Mundo Obrero*, nº 51, 18 de enero de 1979.

35 *Mundo Obrero*, nº 64, 2 de febrero de 1979, nº 75, 15 de febrero de 1979, nº 80, 21 de febrero de 1979 y nº 82, 23 de febrero de 1979.

Rubial, quien critica dicha situación—³⁶. Fueron elegidas Pilar Brabo y Eulalia Vintró de un total de 23 diputados.

El PCE se implicó en las campañas a favor del divorcio y la despenalización del aborto. Ya en 1978 había presentado un proyecto de ley del divorcio, fundamentado en la consideración del mismo como un derecho. Dos años después, ante el proyecto de ley UCD se muestra crítico, porque no se admite el mutuo acuerdo de los cónyuges³⁷. Por otra parte, en la campaña por los juicios de Bilbao contra mujeres y médicos abortistas, firmaron el documento “yo también he abortado” dirigentes como Pilar Brabo, M^a Dolors Calvet, Eulalia Vintró y Cristina Almeida³⁸. En diversas ocasiones se defendió una ley del aborto, en un primer momento para los supuestos de violación, peligro de la vida de la madre o malformaciones en el feto; más adelante se propuso una ley de plazos, que se entendía respetaba mejor la decisión de la mujer³⁹.

A partir de entonces, aunque se introducen propuestas interesantes, el interés por la liberación de la mujer decayó, en un momento de redefinición del feminismo en España y, sobre todo, de fuerte crisis interna en el partido. En 1981 se celebra el X Congreso del PCE, en el que se afirma que la acción feminista “enriquece el concepto tradicional de política al introducir la esfera de lo personal y cotidiano en la lucha política”⁴⁰. En las últimas elecciones de esta etapa, de octubre de 1982, se propone

36 *Mundo Obrero*, nº 49, 16 de enero de 1979 y nº 59, 27 de enero de 1979.

37 *Mundo Obrero*, nº 21, 18 a 24 de mayo de 1978; nº 56, 3 a 10 de enero de 1980 y nº 96, 10 a 16 de noviembre de 1980.

38 *Mundo Obrero*, nº 46, 25 a 31 de octubre de 1979.

39 *Mundo Obrero*, nº 14, 6 a 12 de abril de 1978 y nº 76, 22 a 28 de mayo de 1980. Se aborda este asunto también en *Nuestra Bandera*, nº 106, febrero de 1981.

40 *Mundo Obrero*, nº 147, 16 a 22 de octubre de 1981.

una discriminación positiva para incluir a mujeres en las listas y poner fin a la discriminación real⁴¹, pero de los cuatro diputados elegidos, ninguno era mujer.

A pesar de esta evolución ideológica del PCE hacia presupuestos feministas, mayor que en otras épocas, continúan las autocríticas ante la escasa presencia de mujeres. Para solucionar esta carencia, junto a propuestas anteriores como la formación de cuadros, el cambio de mentalidad de los militantes o el esfuerzo por atender las demandas femeninas, se debate sobre la creación de organismos mixtos o de comités femeninos, como en la Conferencia de Valencia sobre la Liberación de la Mujer, de 1976⁴². Se proponía asimismo que las parejas de militantes compartieran las labores domésticas, para permitir el compromiso de las mujeres⁴³. Otra alternativa era “construir una experiencia distinta de militancia que no sea (...) el modelo masculino”⁴⁴.

No obstante, la realidad siguió siendo tenaz en el partido de la liberación de la mujer. En 1977, Natalia Calamai calcula que las militantes no superaban el 10% del total⁴⁵. Un año después, en el Comité Ejecutivo que fue elegido en el IX Congreso, de 45 miembros, sólo tres eran mujeres –Dolores Ibárruri, Leonor Biornao y Pilar Brabo–⁴⁶. No obstante, en 1980 ya se habla de un 30% de militantes mujeres⁴⁷, aunque en el nuevo Comité

41 *Mundo Obrero*, nº 193, 10 a 16 de septiembre de 1982.

42 *Mundo Obrero*, nº 24, 16 de junio de 1976. La Comisión del Comité Central para la Cuestión Femenina también se interesó por estas propuestas (*Mundo Obrero*, nº 50, 15 a 21 de diciembre de 1977).

43 *Viento del Pueblo*, enero de 1977.

44 Como afirma Pilar Pérez Fuentes en la II Conferencia sobre la liberación de la mujer (*Nuestra Bandera*, nº 97, enero de 1979).

45 *Mundo Obrero*, nº 45, 10 a 16 de noviembre de 1977.

46 *Mundo Obrero*, nº 17, 23 de abril de 1978.

47 *Mundo Obrero*, nº 64, 29 de febrero a 6 de marzo de 1980.

Central elegido tras el XI Congreso, en 1981, de 102 miembros sólo había diez mujeres y ninguna en el Comité Ejecutivo⁴⁸.

La vivencia de esta realidad contradictoria por parte de las militantes fue diversa. Como se ha visto, algunas dirigentes tuvieron una mayor proyección pública que en otras épocas, como Pilar Brabo, M^a Dolors Calvet, Amparo Rubial o Cristina Almeida. No obstante, algunas se sintieron juzgadas con mayor dureza que sus compañeros varones: “no tomaban tan en serio mis directrices como tomaban las del resto de los camaradas de la Dirección. (...) Todo lo que hacía era estudiando, un poco en plan paternalista y condescendiente” (Sender Begué, 2004: 237–238). Junto a ellas, miles de militantes menos conocidas o anónimas, a pesar de las autocríticas oficiales con frecuencia no tenían entonces conciencia de haber sido relegadas a tareas menores ni de sufrir discriminación en el partido, si bien reconocen desde la actualidad que tuvieron más dificultades para afrontar su compromiso político⁴⁹. Algunas minimizan su paso por puestos de responsabilidad en el partido o cargos públicos⁵⁰.

En este contexto, el mito de Pasionaria perdió peso, en especial entre las más jóvenes, preparadas y críticas, aunque seguía siendo importante para las veteranas⁵¹ y todavía en actos

48 Las integrantes del Comité Central eran Dolores Ibárruri, Pilar Arroyo, Leonor Bornao, Pilar Brabo, Salce Elvira, Tina Guillem, Aurora León, Pilar Pérez Fuentes, Carmen Roney y Eulalia Vintró (*Mundo Obrero*, nº 147, 16 a 22 de octubre de 1981).

49 Entrevistas a Camino Remiro Ayensa, 9 de junio de 2006 y a Blanca Bayón Pérez, 2 de Junio de 2006.

50 Entrevistas a Silvia Díaz Alcaraz, 13 y 15 de junio 2006, a Cita Reig Cruañes, 15 de junio de 2006 y a Camino Remiro Ayensa, 9 de junio de 2006. Rodríguez Tejada, 2004, pp. 145–146.

51 En 1978, una militante anciana que se sintió morir pidió que un pañuelo conmemorativo del regreso de Dolores a España le acompañara a la tumba (*Mundo Obrero*, nº 9, 2 a 8 de marzo de 1978).

como la Conferencia de Valencia sobre la Liberación de la Mujer se le saludaba como “un ejemplo para todas las Mujeres”⁵². Son años en que pasa a un plano muy secundario en la política del partido, pero sigue representando la fidelidad a la dirección y a un pasado de lucha heroica. Su regreso desde el exilio y su presencia en las Cortes como diputada se convirtió en un símbolo de normalización democrática, a pesar de que su discurso continuaba vinculado a la guerra civil y a un proyecto leninista alejado del eurocomunismo (Cruz, 1999: 220-221).

En la transición, muchas militantes se vincularon abiertamente al feminismo, en consonancia con la evolución del discurso oficial al respecto. No obstante, las relaciones entre PCE y movimiento feminista fueron con frecuencia difíciles, dentro del MDM y sobre todo con otras asociaciones de mujeres, aunque se acabara aceptando la autonomía de dichas organizaciones. El propio movimiento feminista prestó gran atención a sus vínculos con los partidos políticos y el poder, y a la controversia entre militancia única y doble militancia (Augustín: 2000). En estos debates, las comunistas eran partidarias de la doble militancia, de colaborar con las nuevas instituciones democráticas y de compartir la lucha por la liberación de la mujer con la lucha por la democracia; otras feministas, en especial de la diferencia, acusaban al partido de intentar manipularles. Por su parte, en los años ochenta en el MDM se perdió el espíritu unitario, hubo duras críticas a las militantes de partidos, y muchas de éstas se volcaron en la actividad partidaria, contribuyendo a la paralización del movimiento (Sender Begué, 2006: 129-136 y 177-178). La misma paradoja que se da en otros movimientos sociales, surge en el feminismo de finales de la transición: sus reivindicaciones se integran en la agenda política de los partidos, pero la desmovilización se extiende.

52 *Mundo Obrero*, nº 24, 16 de junio de 1976.

4. Conclusiones

Frente a la importante presencia simbólica de Pasionaria, la realidad plural y diversa que vivieron las militantes comunistas de las últimas décadas del franquismo y la transición osciló entre un discurso oficial que reclamaba su actividad en el partido y atendía con creciente interés la situación de las mujeres, y un compromiso arriesgado pero minoritario y poco visible. En palabras de M^a Dolors Calvet, el papel de las mujeres en la lucha antifranquista fue secundario, no “en el riesgo, sino en la capacidad de decisión” (1979: 8). Las causas de esta constante disparidad son variadas: menor formación política, escasa preocupación real del partido por promocionar a cuadros femeninos, resistencia de los maridos e incomprensión de los camaradas, entre otras. Las constantes autocríticas del partido no solucionaron el problema; para Erice funcionaban como un recurso retórico que permitía no cuestionar la actuación política en cuestiones consideradas de mayor importancia (1996: 314).

La demonización de estas mujeres comprometidas por parte de las autoridades franquistas no facilitó su labor ni su reconocimiento. Carmen Caamaño recuerda que “la policía siempre decía: ‘no, si él [su marido] es un infeliz, la que es mala es ella’”⁵³. También a Blanca Bayón se le acusaba de ser la cabeza y su marido, principal dirigente del PCE en Alicante, sólo las piernas⁵⁴. Como se ha señalado, las vencidas son anatémizadas por el régimen, con críticas que traspasaban la frontera de lo público para aludir con frecuencia a sus cualidades morales, por alejarse del modelo ajustado al discurso de la domesticidad (Rodríguez López, 2005).

53 Entrevista de Mercedes Montero Cerbera, febrero-marzo de 1999 (en Nicolás Marín y Alted Vigil, 1999, p. 116).

54 Entrevista a Blanca Bayón Pérez, 2 de junio de 2006.

El precio personal que muchas de ellas pagaron por su compromiso político fue muy alto, y en ocasiones presenta rasgos con sesgo de género: sacrificio no siempre correspondido por el compañero encarcelado o dedicado por completo a la militancia, incompreensión en el entorno familiar ante su acción política (Romeu, 1994: 167-174 y 229-239), agotadora triple jornada, etc. Se ha señalado que la imposibilidad de atender a los hijos en una época en que se responsabilizaba casi en absoluto a las madres del cuidado de los niños provocó siempre un sentimiento de culpabilidad (Puig i Valls, 2004: 113-114); sin embargo, en ocasiones la maternidad se convertía en estímulo para continuar en la lucha, lo cual revela de nuevo la pluralidad de percepciones de las comunistas⁵⁵.

La creciente diversidad de acciones del PCE desde los años sesenta –en ámbitos muchas veces feminizados– y la incorporación de nuevas generaciones a la militancia permiten hablar de una gran heterogeneidad de experiencias y de expectativas entre las comunistas, aunque también en ocasiones de tensiones. El desarrollo del feminismo y las relaciones entre el movimiento de mujeres y el partido enriquecieron el discurso del PCE y contribuyeron a cuestionar la invisibilidad de la militancia femenina, pero con pocos resultados prácticos. Todos estos elementos diferenciados en función del género caracterizaron la acción política de unas mujeres comprometidas en la lucha por la democracia, el socialismo y una sociedad más equitativa.

55 Carmen Caamaño después de 12 años en la cárcel separada de su hijo reconoce que “el niño no te conocía, y él estaba incomodísimo, y tú no disfrutabas. Éramos dos extraños” (entrevista de Mercedes Montero Cerbera, febrero-marzo de 1999, en Nicolás Marín y Alted Vigil, 1999, pp. 114-121). Blanca Bayón se indigna al recordar las acusaciones de irresponsabilidad cuando acudía a movilizaciones con sus hijos (entrevista a Blanca Bayón Pérez, 2 de junio de 2006).